

## DÍAS DE VERANO

### 1 El encuentro

Era julio. Las vacaciones acababan de empezar. Quedaban por delante dos meses de arena, olas y sol. De comer helados en la heladería del paseo y jugar en las ferias del descampado. Como todos los años, Jon había vuelto a su lugar favorito del mundo: la casa de verano.

En la primera toma de contacto, caminaba por la playa al atardecer, con las chanclas colgando de los dedos y la arena pegándosele entre los pies. El calor del sol todavía se sentía en la piel, y la brisa marina apenas lograba refrescarlo. Cada ola que llegaba a la orilla parecía traer consigo recuerdos del verano anterior.

Paseaba sin fijarse en nada hasta que algo brillante llamó su atención entre los granos dorados: un collar de conchas, olvidado sobre la arena. Lo levantó, girándolo bajo los últimos rayos del sol, sonriendo por la simpleza del hallazgo.

Y entonces la vio: una chica corriendo por la orilla, el pelo castaño despeinado por el viento y la arena pegada a los tobillos. Sus gritos ahogados se mezclaban con el sonido del mar, y Jon la observó acercarse hasta él, como si aquella visión tuviera algo hipnótico.

—¡Ese collar es mío! —entendió Jon que gritaba ella, jadeando entre risas mientras aceleraba el paso hacia él.

Él arqueó una ceja al verla de cerca y sospechar. Con una sonrisa traviesa respondió:

—Bueno... ahora es mío. Pero puedo prestártelo... Naia.

Ella se detuvo un segundo, sorprendida de que él la recordara, y luego soltó una carcajada que se perdió entre el rugido del mar.

Jon contuvo la sonrisa al confirmar quién era ella: la pequeña Naia, la niña que cada verano quería ir con los mayores. Aquella cría que los perseguía con su bicicleta y los espiaba, ahora era una preciosa mujercita frente a él.

Jon se acomodó sobre la arena y levantó la mano mostrándole el collar. Ella se sentó a su lado, dejando que el sol los bañara con sus últimos rayos naranjas, y ambos observaron cómo las olas rompían en la orilla.

Sin intercambiar palabras todavía, había una chispa en el aire, ligera y juguetona.

Jon pensaba algo ingenioso que decir, y Naia no podía creerse que, por fin, estaba allí sentada con él. Desde niña había soñado con este momento, el instante en que Jon la viera. A ella, no a la mocosa, sino a la mujer en la que se había convertido.

Frente a ellos nacía un verano que prometía diversión, risas e historias por empezar, gracias a un simple olvido... y a un collar de conchas.

## 2 Noche de feria

Para Jon, las noches de vacaciones siempre tenían algo especial. El aire olía a sal, algodón de azúcar y jazmín.

La feria iluminaba el descampado con luces que parpadeaban. Jon caminaba entre la multitud con sus amigos de cada verano, riendo, sin rumbo fijo. Llevaba una camiseta blanca, el pelo despeinado por la humedad y ese aire despreocupado que parecía atraer todas las miradas.

—Tío, te juro que la del puesto de dardos me ha guiñado el ojo —decía uno de sus amigos.

—Seguro que era un tic —bromeó Jon, dándole un empujón mientras seguían caminando.

Entre la música y el bullicio, Jon se detuvo. A unos metros, reconoció una risa. Era imposible no hacerlo. Giró la cabeza y ahí estaba Naia, con un vestido corto color crema y una pulsera de conchas que le recordaba al collar que aún guardaba en su habitación. Estaba con un grupo de amigas, comiendo algodón de azúcar y mirando las luces de la noria.

Naia lo vio casi al mismo tiempo y su sonrisa se ensanchó. Sin pensarlo, se acercó al grupo.

—Vaya, el ladrón de collares —dijo, arqueando una ceja.

Jon no respondió, intentando parecer tranquilo mientras sentía cómo el ambiente se llenaba de electricidad.

Los amigos de ambos se mezclaron sin esfuerzo, y pronto todos acabaron frente a una atracción que giraba a una velocidad absurda.

—¿Subimos? —preguntó Naia, con una chispa desafiante en los ojos.

—¿No tienes miedo de marearte? —provocó él.

—¿Seguro que no lo tienes tú? —replicó ella, levantando la barbilla.

Minutos después, estaban uno junto al otro, sujetos por la misma barra metálica. La atracción comenzó a girar, las luces se volvieron un torbellino y el viento les golpeaba el rostro. Naia se reía, con los ojos cerrados y el cabello al viento. Jon la miraba sin poder evitarlo, sintiendo que algo dentro de él cambiaba con cada vuelta.

Cuando la atracción se detuvo, seguían riéndose. Jon la ayudó a bajar y, por un instante, sus manos se quedaron unidas.

Ella lo miró, sin apartarse.

—Me alegro de que por fin me hayas visto —dijo, apenas en un susurro. Jon sonrió, sintiendo que aquel verano acababa de empezar de verdad.

## 3 La canción más lenta del verano

Las semanas pasaron entre miradas furtivas y encuentros casuales.

El pueblo estaba de fiesta. Las luces de colores colgaban de un lado a otro de la plaza y el aire olía a gofre, cerveza y verano.

Naia había ido con sus amigas, aunque en realidad no dejaba de mirar a un rincón concreto. Allí, Jon hablaba con su grupo, apoyado en la barra improvisada, con una cerveza en la mano y una sonrisa que parecía desafiar al mundo.

La orquesta empezó su actuación, Naia y sus amigas se pusieron a bailar. Jon no podía apartar la mirada de sus hipnóticos contoneos.

—Vamos a bailar, ¿o qué? —preguntó a sus amigos.

Todos lo miraron como si acabara de decir algo increíble. Así que Jon se quedó de nuevo apoyado en la barra un buen rato más, deseando estar cerca de Naia.

Cuando la orquesta cambió de ritmo y empezó a sonar una balada de los noventa, las risas y los gritos se apagaron poco a poco. Algunos aprovecharon para ir a por otra ronda, otros se lanzaron al centro de la plaza. Jon decidió que era el momento de atreverse.

Naia, que se había desplazado un poco de sus amigas y ya no bailaba, fingió que no lo veía acercarse, mirándolo de soslayo. Él llegó a ella, sin prisa, con esa seguridad tranquila que solo dan los veranos.

—¿Qué pasa? ¿Las lentas no las bailas? —le dijo, tendiéndole la mano.

—Depende de quién me saque —respondió ella, aunque, en realidad, ya había aceptado.

Se colocaron en medio de la plaza, rodeados de farolillos y de gente que se movía al ritmo de la música. Jon puso una mano en su cintura; Naia, la suya sobre su hombro. Durante un momento, ninguno dijo nada. Solo se oía la voz del cantante y el crujido del suelo bajo sus zapatillas.

—No sabía que bailaras tan bien —murmuró ella.

—Depende de a quién saque —contestó él, tan cerca que su voz le rozó el cuello.

La canción se alargó más de lo que ninguno esperaba, como si el verano tuviera que durar más de lo esperado. Cuando terminó, no se separaron enseguida.

Naia levantó la vista, y sus ojos se encontraron. Por un segundo, el mundo fue solo ellos dos, y el resto se desdibujó como una foto movida.

Y aunque no se besaron, ambos supieron que ese momento ya no tenía marcha atrás.

#### **4 La piscina bajo las estrellas**

Los días siguientes fueron un juego silencioso.

Se cruzaban poco: una mirada en la playa, un saludo desde lejos por la noche, pero el recuerdo del baile seguía flotando entre ellos como aquella canción compartida que no dejaban de tararear.

Jon la buscaba sin querer hacerlo. En el paseo, en el chiringuito, entre las toallas de colores. Pero Naia no aparecía. Y cuando la veía, ella siempre estaba rodeada de amigas, riendo, con esa energía que parecía pertenecerle al verano entero.

Aquella noche, la penúltima antes de la última semana de vacaciones, salió con sus amigos por la zona de bares. Rieron, bebieron, pero a él nada le sabía igual.

«Ojalá poder verla esta noche», pensó, dejando que la brisa marina le despeinara el pelo mientras caminaba de vuelta a casa.

Y entonces la vio.

Naia, sentada en el bordillo de la entrada de una casa, franqueada por un muro.

—¿Te pierdes o me estabas buscando? —preguntó ella sin mirarlo, al notar sus pasos cerca.

Jon sonrió sin responder.

Ella se levantó, y esa mirada bastó para que todo el autocontrol que había mantenido durante días se desmoronara.

Naia se subió con agilidad al muro y saltó al interior de la propiedad.

—¿Vienes o te quedas ahí mirando? —retó, desde el otro lado.

Jon no dudó. Saltó y la vio esperándole con los pies dentro de la piscina.

Miró a la casa: los postigos estaban cerrados y parecía que no había nadie.

Naia se desprendió del vestido y entró al agua. Jon se quitó la camiseta y se lanzó de un salto, empapándola.

Naia chilló, riendo, y él nadó hasta ella. Cuando quedaron frente a frente, el silencio volvió, espeso y cálido.

Jon alargó la mano y le apartó un mechón mojado de la cara.

—Por fin —murmuró antes de besarla.

El beso fue lento, inevitable, lleno de todos los “quizás” de las semanas anteriores.

Sobre el agua, las luces se reflejaban como estrellas rotas, y el verano, por fin, los había alcanzado a los dos.

## 5 El último día del verano

Después de aquella noche, todo cambió sin que nadie lo dijera en voz alta.

La última semana llegó y con ella los días se volvieron más largos y más cortos a la vez. Largos por las horas que pasaban juntos; cortos porque el final se intuía en cada atardecer.

Ya no se escondían.

Jon la esperaba cada mañana en la playa, con el pelo aún mojado y una sonrisa que ya no podía contener.

Naia llegaba con su toalla al hombro, fingiendo sorpresa.

—¿Tú por aquí otra vez? —le decía, como si no llevara tres noches soñando con él.

Pasaban las horas entre el agua salada y la arena caliente.

Compartían helados que se derretían demasiado rápido, paseos por el espigón, besos furtivos entre las sombrillas y confidencias bajo la sombra salada del mediodía.

A veces se quedaban callados, simplemente mirando el horizonte. Otras, reían tanto que la gente a su alrededor giraba la cabeza.

Cada tarde, el sol se escondía un poco antes, recordándoles que el verano se escurría entre los dedos.

Una tarde, Naia se apoyó en su hombro y dijo:

—No quiero que acabe.

Jon no contestó. Solo la abrazó más fuerte, como si eso bastara para detener al tiempo.

La última noche, el pueblo despedía la temporada con una verbena.

Las luces colgaban de los balcones y las canciones se mezclaban con el rumor del mar.

Bailaron descalzos sobre la arena, riendo, como si detener el tiempo dependiera de ellos.

A su alrededor, la gente cantaba, brindaba, se despedía. Pero ellos estaban en su propio mundo, ese que había empezado en una piscina y que ahora se evaporaba con el calor de la música.

Cuando el reloj marcó la medianoche, Jon la abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro.

—¿Y ahora qué? —susurró ella, sin girarse.

—Ahora... me prometes que seguiremos con esto el próximo verano.

Naia lo miró, con los ojos brillantes y la voz apenas un hilo.

—Prometido.

Rieron, y sellaron el acuerdo con un beso lento, con sabor a sal y despedida.

El verano acabó esa madrugada, con el rumor del mar como testigo y la certeza de que, a veces, los mejores amores solo duran una estación... pero dejan la piel marcada para siempre.